

Aquí comienza la historia.

Siempre tuve la certeza de que la historia se contaba desde el pasado, pero resulta que el pasado, cuando está tan lleno de emoción se mezcla y se confunde, los sentimientos hablan más alto que los hechos verídicos, y es difícil ajustarse a ellos, por ello aquí va mi intento.

Crecí en el seno de una familia de inmigrantes, escuchando sus relatos, en donde soltaba mi imaginación y los recordaba una y mil veces.

De todo, puedo decir que mi papá siendo aún pequeño, emprendió su viaje junto a su familia hacia una tierra desconocida, debían dejar su pueblo, el que los vio nacer, en donde tenían sus afectos, para llegar a esta tierra prometida a la espera de un futuro mejor.

El silbato del barco sonó, y desde el puerto de Génova, partió para realizar su travesía por el mar, esa gran masa de agua que asombraría a mi papá y que por primera vez vería, ya que ellos provenían de otra región, la del Piamonte, un minúsculo pueblito llamado Cressa de la provincia de Novara, con un paisaje diferente con caminos de piedras y montañas cultivadas con viñedos, ante ellos, el océano imponente comenzaría a formar parte de su historia.

Desde la proa del barco, Luis y Guido (mi papá y mi tío) pasaban el tiempo mirando hacia el horizonte, días y días rodeados del agua del mar, un vez el viento sopló fuerte y la gorra nueva, que a papi tanto le gustaba, salió despedida hacia el fondo del océano, buscó por todos lados para poder recuperarla, pero el agua había sido más rápida por suerte, sino, él estaba dispuesto a lanzarse sobre ella para poder rescatarla, decepcionado de la travesía, sufriría su primera pérdida, que hasta sus últimos días recordaba con nostalgias y sonrisas, porque de no haber sido así, hubiese ocurrido una tragedia.

El barco se llamaba Tomaso di Savoia, estaba dividido en diferentes clases sociales, en la cual ellos viajaban en la proa, ubicados en la parte baja, en donde varones y mujeres estaban separados para dormir, aunque los niños permanecían junto a sus madres. El tiempo del almuerzo era compartido, donde la comida se repetía día tras días, aún con cebolla y un plato de sopa, también había pan de trigo, del cual no se cansaban de comer, ya que ellos solamente podían acceder a la harina de maíz, siendo que el trigo era muy caro para la región. El pan resultaba tan exquisito, que los chicos, en especial Guido solía esconder debajo de sus ropas para compartir durante las tardes de sol y agua.

Durante el viaje, muchos de los pasajeros presentaban mareos, entre ello mi abuela Elisabetta y mi tío Ricardo, los demás estaban a la espera de que el viaje llegue a su fin, papi siempre contaba que salía a la cubierta del barco y se asombraba al verse rodeado de agua, en una inmensidad de azul profundo.

La trayectoria era larga, pronto tocarían el primer puerto, el paisaje parecía cambiar, la llegada a América, Brasil con su idiosincrasia se hacía presente, al aproximarse a la orilla el navío fue rodeado por personas morenas que nadaban alrededor de él al grito de:

Italiani tira una lira, desde el barco algunas personas lanzaban monedas al mar, y ellos, los lugareños se zambullían en las aguas para aparecer con las monedas entre los dientes, luego, mientras el espectáculo continuaba, los pequeños botes se acercaban hacia el barco para descargar sus mercancías de bananas verdes, y ocurrió lo previsible, lo que todo chico haría ante algo desconocido, preguntar que era eso de "bananas", al parecer la persona que dio la explicación al caso, no aclaró que a esa fruta extraña, que papi veía por primera vez, le faltaba madurar, que cambiaría de color con el correr de los días y se transformaría en un delicioso bocado, claro, dicho así, él no hubiese tomado la banana que se desprendió del gajo, quedando tirada sobre la cubierta. Luego del almuerzo, lo esperaba la fruta de la que tanto le hablaron, como la mejor de las delicias, pero al primer intento, su boca se llenó de un sabor áspero y desabrido, sin entender que eso pudiera gustarle a alguien, con el tiempo supo como eran las cosas, y siempre lo recordaba con una sonrisa, como ahora yo lo estoy haciendo.

La travesía tuvo sus cosas, o mejor dicho, mi abuelo era un tipo muy particular, su visión de la vida quizás era la pasión, luchar por lo que creía y actuar como su corazón le dictaba, creo que por eso, o mejor dicho ese, fue el motivo por el cual tuvieron que partir de Cressa, y más adelante pasaré a detallar dicho episodio. Por ahora voy a contar esto, y mi primo Pedro, cuando lo lea, se caerá de espaldas, ya que él es médico, ocurrió, como es habitual, que las personas embarcadas debían vacunarse creo, no estoy muy segura, contra la viruela, y fue así que luego de que sus hijos pasen por este transe él limpió la pequeña cicatriz realizada con una aguja, supuestamente humedecida con el líquido que contenía el anticuerpo, para que ellos no tengan fiebre, en una palabra, trató de barrer las vacunas de sus brazos.

El 2 de Julio de 1912 con una intensa llovizna fría arribaron al puerto de Buenos Aires, en donde permanecieron en el edificio de los inmigrante, que no era más que un galpón de madera sin puertas, a la espera que un hermano de mi abuelo acuda a su encuentro.

Lejos, quedaba atrás la Italia natal, en que un día se conocieron mis abuelos, José Silvestre Bertona, nacido en Cressa, hijo menor de siete hermanos varones, su papá falleció cuando él era pequeño, y su mamá trabajaba como partera de oficio, luego de un largo tiempo, ella de una manera muy singular estudió y logró matricularse. Mi abuela Elisabetta Delpratto, nació en Sissano, un pueblito cercano, también como el abuelo, perdió a su mamá, y no recuerdo bien si fue al dar a luz a su hermanito, o más tarde él también falleció, si se que su padre formó otro matrimonio y tuvo dos hijas más, aunque parezca mentira esta es una historia parecida a la de cenicienta, porque su madrastra no la quería, y la privaba de ropa y calzado, todo lo mejor se lo daba a sus hijas, y como mi abuela siempre fue muy sumisa, jamás le contó esta situación a su papá, que pasaba la mayor parte del día trabajando en los viñedos de la montaña, hasta que su padre observaba las injusticias cometida por la madrastra y hacía justicia, por eso, todos contaban, que aún de grande, cuando una mujer fallecía y dejaba hijos pequeños, sus ojos

se llenaban de lágrimas y rogaba a Dios que ampare a esas criaturas. Siendo jóvenes se conocieron en la cosecha del arroz, luego se casaron y fueron a vivir a Cressa, y junto con ellos la mamá del abuelo, llamada Rosa a quienes todos querían mucho.

El pueblo estaba ubicado sobre la base de la montaña, las casas edificadas sobre una sólida estructura de piedra, que conformaba la planta baja, y era el lugar en donde se colocaban las vacas al resguardo del frío del invierno, también establecían ahí las camas de los gusanos de seda, a los que atendían con mucha dedicación, se que la abuela y los chicos juntaban hojas de mora para alimentarlos, y cuando estaban listos, producían sus capullos de seda, los cuales eran llevados al pueblo, todos los habitantes de la región hacían lo mismo, parte de la producción era paga, y otro tanto, debían entregarlo ya que todos debían colaborar con la elaboración de la seda natural, característica de la zona, por eso en parte el gobierno los subsidiaba para que esta tradición no se pierda. Separada, pero en la misma planta estaba la despensa, en donde se almacenaban los alimentos para todo el año.

Continuando con la estructura de la casa, a esta planta baja le seguía dos más, edificados en ladrillos, en donde funcionaba en el primer piso, la cocina y comedor, en donde papi cuenta que durante los días de invierno, la estufa a leña (salamandra, según su descripción) ardía al rojo vivo, además cocinaban en un fogón, con sus ollas de hierro y cobre. En el segundo piso, estaban los dormitorios. A las distintas plantas de la casa se accedía por medio de escaleras de madera ubicadas en el exterior de las mismas.

En ese lugar nació mi papá el tercer hijo de cuatro hermanos, hasta ese momento, mi tía Josefa, un 29 de noviembre de 19... , Ricardo Silvestre en 19...., mi papá Luis el 5 de septiembre de 1904. Y en el año 1907 un 24 de abril Guido Silvestre. Como verán y dije antes, mi abuelito era muy particular, ya que a todos les imprimió su sello repitiendo en cada uno de ellos su segundo nombre, el único que se salvó fue papi, porque al momento de su nacimiento, él se encontraba en la cosecha de arroz, y no estuvo presente en el bautizo, mi bisabuela Rosa auspició de partera, y como era tradición, ni bien nacían los bebés eran llevados de inmediato a la iglesia para ser bautizados, siempre eran llevados por la partera, el padre y los padrinos, pero en ese momento mi nono no estaba y ella quiso ponerle un solo nombre, Luis, en homenaje a uno de sus hijos que había venido a América, y al cual no sabía si volvería a ver algún día. De esta manera papi se salvó del sello.

Con el nacimiento de su segundo hijo, mi abuela prestó servicios de nodriza para un matrimonio que trabajaba en la embajada de Israel en Italia, pero en esos días, ellos debían trasladarse a Egipto, llevándola consigo, para amamantar a su hijo. Luego de un tiempo, mi abuela regresó con una suma importante de dinero ahorrado, cosa que les permitiría hacer proyectos en el futuro.

La infancia de papi, transcurrió en ese pueblo, hasta los 8 años, creciendo feliz, junto a su abuela, en donde colaboraban con los trabajos de la casa, jugando con la nieve del invierno, celebrando con alegría las navidades, en donde visitaban a los vecinos cantando por las calles. Un pueblo lleno de música y alegría, con sus historias de duendes y brujas. La abuela solía contar, que en Sizzano, existía una bruja, llamada Corina, que un día de invierno, cuando las mujeres estaban reunidas tejiendo en la cuadra de las vacas, lugar cerrado y limpio, ya que todos los días se les colocaba pasto seco nuevo para que ellas estén mullidas y abrigaditas en sus sueños, se acercó a ella y haciéndola mirar a través de la ventana, le dijo: -Mira la higuera, que vacía de hojas y nevada está, -¿ te gustan los higos? Y sin esperar la respuesta, salió al patio y trajo consigo la mejor de las frutas, dándosela de comer, contaba ella que siempre recordaría el sabor dulce en su boca. Corina, no siempre hacía cosas buenas, vivía pidiendo comida y cosas, pero a veces la gente no tenía que darle porque había lo justo para la familia, y según cuentan, un día que una mujer le negó comida, cuando fue a observar como seguía la cocción de la sopa, la había transformado en cabellos, que hervían al compás del fuego, la señora muy enojada, ya que era el único alimento y además su marido estaba por arribar a comer, tomó una cuchilla y corrió a la bruja, entonces esta última riendo le dijo: - Ve, ve rápido que se te va a quemar la sopa. Para asombro de la mujer, cuando se acercó a la olla, esta mostraba el mejor de los manjares, todo estaba reparado. Así con todas las cosas, Corina era bruja con poderes, pero particularmente traviesa. Cuentan en el pueblo, que al momento de morir, durante las noches su bastón recorría las cuatro esquinas de la habitación, y que su hijo, ya mayor, sentía miedo al ver esto y se retiraba a su casa, según decían que ella no podía partir, sin antes dejar sus poderes a alguien. Luego, se supo que un día partió de este mundo, y quien sabe que fue de sus poderes. Supongo yo, que el pueblo habrá extrañado mucho su presencia, y sin conocerla, creo que habrá sido un alma buena, quizás porque por un instante hizo feliz a mi abuelita brindándole la ilusión de ese fruto maduro. Otras historias, así de fantásticas tenía el pueblo, muchas de hombrecitos pequeños con apariencia de duendes, que también hacían lo suyo, mi papá me las contaba durante toda su vida, y yo, no me cansaba nunca de escucharlas.

Cuando llegaba la primavera, con la desaparición de las últimas nieves, y el hielo del arroyo se quebraba en bloques, los chicos, jugaban imaginando formas, a veces, eran arados, y corriendo iban por las calles para mostrárselas a sus padres, y cuando llegaban, se desvanecían en agua. Otras, esos bloques, se transformaban en balsas, y subidos a ellos, navegaban con la ayuda de un palo, y así transcurría la infancia, entre trabajos, juegos y escuela a la que concurrían mañana y tarde, en donde asistían junto a sus primos, que según contaba papi, les gustaba vagar y muchas veces los arrastraban a ellos para hacer la rabona en lugar de ir a clase.

En otras oportunidades, iban de visita a la casa de mi bisabuelo, el papá de mi nona, y como el camino era muy estrecho, debían hacerlo a pie, había que bordear la montaña, y

siempre contaba papi, que debían apurarse, porque a la vuelta de la montaña se hacía noche, y aún hoy los imagino de la mano de la abuela caminando entre las sombras al pie de la montaña, y me sigo preguntando que extraña sensación tendrían cuando de pronto al dar la vuelta se hacía la noche, y los pienso a esos pequeñitos de ojos claros y pasos apurados en el encuentro con su abuelo.

Con el transcurso de los años, el gobierno estableció la exigencia de títulos a quienes colaboraban con el ejercicio de la medicina, como enfermeras y parteras, así que mi bisabuela, con mucho esmero, trató de aprender la teoría de todo lo que hacía con tanta práctica, y fue escuchando las lecciones que una de sus nueras le leía con mucha dedicación, y de esta manera se presentó a rendir y logró matricularse, sin saber leer ni escribir, para seguir con su misión en la vida, que era ayudar a traer niños al mundo.

También papi y sus hermanos ayudaban en el cultivo de la tierra entre los otros trabajos de la casa, un día, siendo él muy pequeño, ayudando a su papá con el abono de la tierra, resbaló en un surco y su brazo se quebró, mi abuelo, corriendo lo llevó hasta el pueblo, en donde el médico lo entablilló, las distancias eran lejanas, especialmente, cuando no contaban con los medios para trasladarse de un lugar a otro.

Otras veces iban con mi abuela hasta el monte en busca de ramas para el fuego de la cocina, ramas que eran juntadas del suelo, (porque preservaban sus árboles) y también usaban para llevar junto al pan que amasaban una vez por semana, porque existía un lugar, en que había un horno grande a leña, y todos llevaban sus panes y su atado de leña, y un hombre los cocinaba a cambio de uno de los panes que dejaban, para ser vendidos a la gente que no tenía tiempo para amasarlo.

En aquel entonces el pueblo era un pequeño condado que pertenecía a un señor feudal, que a cambio de las viviendas, que no estoy muy segura si le pagaba un alquiler, los habitantes del lugar año tras año, entregaban parte de sus cosechas de trigo, y algunos ejemplares de árboles a los cuales mandaba a marcar y que no podían cortar, dejándolos para que con posterioridad, el feudo los utilice para sus aserraderos, entonces, ante la injusticia de que los árboles que mi abuelito había sembrado y cuidado durante muchos años fueran elegidos de manera indiscriminada, sin respetar tiempo ni condiciones, provocaron su enojo y los cortó, a manera de protesta, porque en definitiva, estaban cometiendo una injusticia. Y fue así, el señor feudal les mandó el desalojo, y sin alternativa alguna, tuvieron que dejar la casa, iniciando todos los trámites para salir del país. A partir de aquí, de alguna manera los acompañaría la esperanza, aún teñida del dolor de dejar atrás el pasado, su historia, seres queridos, afectos y recuerdos.

Salir del lugar tan querido, su tierra que los vio crecer, con un futuro truncado, en esta historia, otros caminos deberían transitar, con muy pocas cosas partieron del lugar, apenas algunos baúles de ropa, amarrados con sueños, ilusiones y mucha esperanza, la de encontrar un destino mejor, la de volver o devolverse algún día a esas tierras, que por ahora los expulsaba.

Al día siguiente del arribo a la Argentina, el hermano de mi abuelo fue al encuentro en la inmigración para traerlos a Santa Fe, él había venido a América unos cuantos años antes, y había logrado establecer una sólida posición económica, trabajando en su almacén y fonda de ramos generales, ubicada en barrio Candioti, lugar estratégico cerca de las vías del ferrocarril General Belgrano, cosa que lo favorecía para recibir la mercadería que llegaba de esta manera a la ciudad.

Allí en ese lugar, se establecieron durante un tiempo, mi nona ayudaba a Carolina (Tía de mi papá, esposa de Pedro) en la cocina de la fonda, también lavaba ropa para algunos pensionistas y de esta manera ahorraba todo lo que podía, mi nono, consiguió algunos contratos de trabajo en la construcción de las oficinas del ferrocarril, y los chicos ayudaban a llevar la mercadería a la casa de las señoras que compraban en el lugar. De esta historia, aquí en Santa Fe, papi generó un vínculo muy importante con una de sus primas que era Herminia, a quien yo quise mucho, y hasta el día de hoy guardo el mayor de los recuerdos y el reconocimiento por la ayuda incondicional que nos brindó cuando mi mamá se enfermó y permaneció internada lejos de casa durante muchos meses.

Al cabo de un tiempo, con el dinero ahorrado, y la ayuda del hermano de mi abuelo, pudieron alquilar un pequeño campo para poder cultivar la tierra, que era lo que ellos sabían hacer.

De esta manera, en este lugar, que papi siempre recordaba la pequeña casa precaria con pisos de tierra, y una cocina muy chica la que no tenía capacidad para colocar una mesa, y debían hacerlo afuera debajo de un alero de chapa, en que los días de viento dejaba entrar la lluvia, bajo todos los climas, verano e invierno. El terreno estaba bordeado de frutales y entre ellos las exquisitas plantas de pera, donde bajo su sombra saboreaban sus frutas. Fue en ese lugar, que mi abuelo, después de comer, solía sentarse a sombra de un árbol, por unos minutos antes de continuar las tareas, en la que conoció un pájaro a quien todos los días a la misma hora se esperaban y se posaba sobre sus hombros, mientras él le daba de comer de su mano.

Luego, pasaron a otras tierras, con mayor comodidades, y la familia colaboraba con todos los trabajos del campo, mi abuela cultivaba la tierra junto a mi abuelo, y hacía los tareas de la casa, y los chicos, antes y después de concurrir a la escuela, también cooperaban con su esfuerzo.

El sentido de familia, ayuda y solidaridad entre ellos eran lazos muy fuertes, para mis abuelos cualquier sacrificio era justificado en pos de dar a sus hijos una vida mejor, se las ingeniaban para que ellos estudien, y como las escuelas públicas cercanas a su lugar de residencia no contaban con todos los grados, hicieron el esfuerzo de enviarlos a una de las escuelas privadas, la del maestro Benassi, quien tuvo la visión de ver la capacidad que tenía mi papá para estudiar. Por aquel entonces esta institución contaba con una comisión de padres, que atendían algunas necesidades de la escuela, también eran los encargados de premiar a los alumnos al final del ciclo, como estímulo por su esfuerzo, y fue de esta

manera que el año en que los pequeños extranjeros concurren a clase, papi fue el merecedor del premio, que era un reloj de oro, pero la comisión dispuso sortearlo, ya que no querían que un extranjero sea el elegido, así que realizaron un sorteo, y la vida se encargó de hacer justicia, porque de esta otra forma él, mi papá fue el favorecido. Algunos padres integrantes de dicha comisión, que no estaban de acuerdo con la discriminación cometida, saltaban de felicidad, y fue así que llegó a oídos de mi abuelo la verdadera historia de tal premio.

En breve tiempo, papi ya había cursado todos los niveles con excelentes resultados, lamentablemente, en esa época esta escuela había llegado a su fin, entonces el maestro Benassi fue a hablar con mi abuelo para que él pueda continuar sus estudios en la ciudad, pero ellos no podían permitirse estas licencias, la tierra reclamaba su esfuerzo cotidiano quedando de esta manera sus estudios truncados.

En el año 1917, Argentina daba sus primeros frutos, un hijo, nacido aquí, el último del clan Bertona, el hijo a quien mi abuela disfrutaría verdaderamente, ya que el sacrificio y las miserias de esos dos mundos transitados se apaciguaban lentamente, comenzaba a vislumbrarse un horizonte. Así quedó constituida la familia con la llegada de Pedro Silvestre, 14 de septiembre.

Las cosechas se sucedían, sequías, trabajo y sacrificios hicieron al ahorro de un pequeño capital, y junto a él la compra de las primeras 44 hectáreas, la construcción de la casa, grande, sólida, desde la calle accedíamos a ella por un largo camino de tierra con forma abovedada, custodiado por plantas de jazmines y durazneros que se alternaban simétricamente hasta llegar a la entrada. A los costados el sembradío, primero de verduras, luego más tarde, la plantación de mandarinas, y por último las flores.

La producción de la quinta avanzaba con los cultivos de hortalizas, que eran llevadas al mercado durante la madrugada, en principio mi abuelo se encargaba de esto, luego más tarde lo hizo mi tío Guido, sé que papi se levantaba a atar los caballos al carro, y que algunas veces iban juntos.

Como la extensión de tierra daba las posibilidades de establecer otros cultivos, comenzaron con la plantación de árboles de cítricos, los cuales eran injertados por mi papá, el oficio se lo había enseñado un italiano del sur que se dedicaba a ello.

De esta manera la empresa familiar se inscribía como vivero "EL PRODUCTOR" en el año
Y junto a ello, las primeras incursiones en el cultivo de flores.

En 1931 mis abuelos regresan a Italia, en la estación de trenes, el pueblo entero los esperaba con la orquesta, era día de fiesta, los hijos de la tierra regresaban a su lugar de origen, todos ansiosos querían saber las noticias de América. También sería la última

vez que mi abuela se encontraría con su papá, ya de 88 años, quien seguía saliendo temprano hacia los viñedos de la montaña, con un trozo de pan, para regresar a la noche, satisfecho por su trabajo realizado con las vides, se que mi nona fue a su encuentro y lo sorprendió con una alegría inmensa, ya que no esperaba su visita. Y esta sería la imagen que quedó grabada en su alma, como si todo lo que hubiese vivido antes no existía, ese encuentro es que el perduró y perdurará siempre en la tradición familiar, como lo más sublime e importante, lo único que justificaría el viaje a Italia.

Cuentan los abuelos, que el pueblo, permanecía casi igual, que en todos lados había flores y la estación de trenes desbordaba en ellas.

El volver a tener contacto con la realidad, cambiaba la visión de las cosas, las noticias llegadas a la Argentina no dimensionaban lo que se vivía con el régimen fascista, la figura de Mussolini, se desvaneció ante los ojos del abuelo, el orden y la organización del país, no justificaba el proceder de su política, que descarnadamente imponían su ideas, decepcionado al regreso de su viaje hizo desaparecer todo documento que recuerde su gestión.

Mientras tanto, aquí en Argentina la casa era sofocada por la llegada de las autoridades ministeriales, con la orden de allanamiento e incautación por la producción de vino y grapa, cosa que estaba penado en el país, por más que se realizara para consumo familiar como lo hacían ellos, así que de inmediato, la familia se las arreglo para distraer a los inspectores, logrando sacar del sótano algunas bordalesas de vino escondiéndolas debajo de la leña, de esta manera la cantidad encontrada fue menor, y la multa más reducida.

De toda esta historia, yo llegué a conocer la vieja parra, aún erguida con sus finales de sabia, dejando filtrar el sol, en un juego permanente de luz y sombra, cubriendo el patio bañado en el silencio de los años, con sus recuerdos de fiestas, carneadas y barullo de chicos correteando entre las plantas.

Lo único palpable que pude conocer de mis abuelos, fue la casa, el resto, fueron historias contadas, historias sin fin, escuchadas a lo largo de mi vida, escuchadas una y mil veces como si fuera la primera vez, con la misma curiosidad y el mismo asombro que volvería a tener, si alguien me las contaría nuevamente.

Me detengo en el recuerdo de la casa, como dije antes, grande, sólida, llena de sol y verde, como si en ese lugar el sol brillaba con más fuerza, como si los colores fueran más potentes, y el azul del cielo más azul, solíamos ir los domingos por la tarde a cambiar los caballos desde el potrero al corral, nos deteníamos frente a la entrada, donde la tranquera daba paso al largo camino de ingreso, en el que quedaban como testigo de su esplendor algunas plantas de jazmines y durazneros, hacia los costados la plantación de alfalfa para los animales, con su tallos frágiles en ondular permanente al compás del viento,

El trayecto tenía la magia de un paisaje cambiante, caminos bordeados por grandes extensiones de flores, luego, se hacía más estrecho y pasábamos por el costado del

monte de árboles de tipas, en donde el sol filtraba una luz tenue, las largas hileras de plantas, con sus ramas altas, tocando el cielo, abrigaban a sus pies la plantación de helechos, y en determinadas épocas del año, cuando florecían el viento nos bañaba con su lluvia amarilla de florecillas perfumadas, lejos en los límites del terreno, variedades de paraísos y jacarandas daban al lugar matices de diferentes verdes, salpicados de azules, amarillos y blancos en primavera.

Al llegar al potrero, los caballos, tranquilos, pastando bajo el sol, a veces con pájaros posados sobre sus lomos, otras, trotando a nuestro encuentro, para dejarse enlazar, apresurando el paso hacia el corral, en donde los esperaba la avena y el afrechillo, la noche, y los sueños muchas lunas y muchos soles en sus días de trabajo.

Entre miedo y emoción, lo acompañaba a papi en este trayecto, casi un ritual, con sus prioridades, era importante poner atención, de los tres caballos que conocí, Vizcacha era el primero que debía atarse y soltar, era el que encabezaba la marcha, un poco más atrás, Negro, el más viejo, tranquilo y noble ejemplar, al que podíamos montar con confianza, ya que era manso y le gustaban los mimos en el hocico, por último paralela a Negro y a su izquierda, la elegante yegua, a la que nosotras bautizamos Arolda, sé que fue una de las últimas que compraron, ya que Negro, hacía mucho tiempo que estaba, y Vizcacha era el mal criado nacido en la quinta, con su lomo dorado y un increíble porte de percherón, era unos años menor que yo, el día que nació, papi trajo la noticia a casa lleno de emoción, y a los pocos días, todos fuimos a conocerlo.

Como dije antes, existían prioridades, porque al parecer Vizcacha se sentía con más derecho sobre las cosas, o quizás el hecho de haber nacido ahí le concedía ese privilegio, y cuando no respetábamos el orden para soltarlos, él nos arrastraba a todos haciendo su voluntad. Así que debía poner mucha atención cuando yo lo hacía, y entre miedos y ternura lograba hacerlo.

Otras veces, cuando había más tiempo, y mis hermanas nos acompañaban, emprendíamos la aventura de entrar a la casa, con sus cerrojos y chirrido de puertas, a veces, habríamos los postigos, los que dejaban filtrar un hilo de luz, las habitaciones quedaban iluminadas, y así nosotras tomábamos contacto con toda esa historia de vida conocida solo por los relatos.

Accedíamos a la casa desde la parte posterior, ingresando por el patio de la vieja parra, y me detengo en él por un instante, frente a mis ojos, la galería abierta rodeando las habitaciones, un piso con arabescos negros sobre un fondo blanco, a mi derecha el bombeador de agua, rodeado de plantas de calas, la ventana de la habitación de mi papá, a mi izquierda, otras ventanas, la puerta de la cocina, el cuarto en el que estaba el sótano, contra esa pared, el banco largo de madera, en donde muchas veces papi y mi tío Guido se sentaban a conversar, a la espera de que el cielo aclare, antes de comenzar sus tareas.

Llenas de curiosidad, recorríamos la casa, abriendo ventanas, cajones, mirando fotos, bajando al sótano, a veces vacío, otras, lleno de paquetes de flores, listos para ser

llevados a la venta. Accedíamos al sótano por una habitación en las que se guardaban herramientas, cuidadosamente ordenadas sobre estantes ubicados contra las paredes hacia el sur, una ventana central, con sus postigos, al abrirse, nos sorprendía el sembradío de violetas a la sombra del verde intenso, no dejábamos de contemplar esa inmensa alfombra azul violácea, al costado de la puerta el hueco que nos comunicaba a la escalera de madera que nos llevaba al sótano, antes con mucho esfuerzo, debíamos levantar la tabla de madera, que se rebatía contra la pared, y entre miedos y asombros, con el croar de las ranas, llegábamos a su interior.

Muchos años de trabajo, esfuerzo, de luchas contra vientos, tempestades, granizos que destruían los invernaderos, en ese entonces contruidos con madera y vidrios, ya que no existían otros materiales.

En los registros de la historia de mi Santa Fe natal, se habla de la terrible plaga de langostas, en el año 1945, cuya historia no escapa a la de mi familia, en las que días completos debían luchar contra ellas, para evitar mayores daños, y a pesar de todo, los campos quedaban desbastados a su paso, contaba papi, que a su llegada la gran cantidad de insectos lograban tapar el sol. La inmensa nube de langostas, pasaban dispuestas a destruir. Montados a sus caballos con largas cañas de las cuales colgaban trapos a manera de banderas, cabalgando entre los cultivos, lograban que los insectos no se posen sobre las plantas y no las destruyan, salvado este tramo, la de las langostas voladoras, venían las otras, las saltonas, por la tierra, pero a esas las eliminaban colocando insecticidas en polvo sobre los surcos, luego pasaban a rastillar todos los bichos y eran quemados en fogatas.

Años de trabajo, constituyeron la fama de las plantaciones de flores de la familia, que más tarde ampliaron en otros campos.

Con el nacimiento del primer nieto varón, mi papá dejó su trabajo con 70 años, para dedicarle su tiempo a él y a su hermanito, que nació al cabo de un año y medio más tarde. Compartió su tiempo, dedicó su vida a ellos y nosotras, sus hijas, tuvimos la dicha de disfrutar de la presencia de un padre ejemplar, de su afecto y ayuda incondicional, quien tuvo que desempeñar el papel de padre y madre a la vez, quien dedicó su vida a la mujer que amaba, hasta después de su muerte. Es a él a quien le debo lo que soy, esta herencia abierta de valores, que hacen que trate de ser cada día mejor.

Un 18 de julio, en un triste invierno, en el año 2006, con 101 años, con la sabiduría y lucidez de un grande, partió de nuestro lado. Su vida llegó al final, la primera vez que nos separaríamos, en este largo viaje que emprendió como él decía, junto a los suyos; el clan Bertona lo reclamaba, siendo él hasta el momento, el último sobreviviente de los hermanos.

El campo en el que se levantaba el extenso cultivo de flores, es ahora un complejo de casas de un plan de viviendas, solo en el lugar permanecen altivas las plantaciones de árboles de Tipas, y sus helechos debajo. No me canso de mirarlos desde la ruta, cuando los sábados voy a llevarle flores a mi papá.

Y aquí, con algunos datos, pequeños y no se si precisos, ya que la emoción embarga mi alma y anula mi razón, acaba esta historia, a la que me gustaría seguir contándola y que la cuenten por los siglos de los siglos.

A mi papá, que me contó esta historia:

Sé que en tu cielo de estrellas, estás, trabajando feliz, junto a tus hermanos, lo veo en los sueños, se te ve feliz, con tu rostro iluminado de sol, dorado por el viento y el calor del verano.

A mi me queda esto, un inmenso vacío, la nostalgia de no tenerte, solo logro superarlo con la presencia de tu bisnieta, a la que no me canso de mirar, y reconocer en ella un montón de gestos tuyos.

Septiembre del 2009.

Realizado a pedido de la Sra. María Teresa, a quien le interesa reunir parte de la historia de los inmigrantes en América, nuestro mayor agradecimiento, el de mis hermanas y el mío.

Stella Maris Bertona

Una lucha diaria, la de la tierra, con sus caprichos, la que nos da sus frutos, la que no se doblega, la que hace que la amemos de tanto luchar por ella.

Aprendí esto de pequeña, y cuando puedo, me escapo a tocar su polvo, sus granos, ver como germina en ella las semillas, descubrir una nueva flor, es la herencia gética que clama por su presencia, y no puedo dejar de acudir.

Era bello y real, era palpar nuestra historia, la de nuestros abuelos a los que no tuvimos la dicha de disfrutar y conocer.